

RENOVACION Y PERMANENCIA

CARLOS CUADRA PASOS

II

Debo cumplir el compromiso contraído con Revista Conservadora de escribir mis reflexiones sobre el tema Renovación y Permanencia, que me fueron sugeridas por el rejuvenecimiento de la Directiva Suprema del Partido Conservador. Fueron fáciles y espontáneas para brotar en mi imaginación en presencia de los hechos, pero me van resultando reacias a dejarse poner en aceptable forma literaria. El asunto tiene indudable profundidad histórica y probable trascendencia.

El conservatismo en tanto lo tomemos como filosofía política, necesita para su comprensión, y más aún para su aplicación en una nación determinada, que la opinión pública haya alcanzado notoria madurez. Fritz Valjavec en una conferencia que dictó en Madrid sobre los Orígenes del Pensamiento Conservador Europeo, en el año 1954, decía que el conservatismo en la totalidad de la validez de su doctrina aparece tarde en la historia universal, como un contrapeso ideológico a la revolución provocada por la filosofía del siglo XVIII. Esa afirmación despertó mi curiosidad y en verdad el íntegro propósito social del conservadorismo va lentamente floreciendo en los siglos por un efecto del cristianismo. Mommsen, sabio historiador alemán afirma que todo aquello que no figure en los anales de Roma es utopía. Pero en su mismo gran libro Historia de Roma he investigado la idea conservadora, y en su plenitud no la he encontrado. Colocándonos en ese maravilloso relato, en su verdadera culminación universal, que es el momento en que va a morir la república para surgir el imperio, en la terrible lucha ideológica y sangrienta entre Pompeyo y Julio César, no aparece brote de un verdadero conservatismo. Pompeyo es un aristócrata, que defiende los seculares derechos oligárquicos de la nobleza romana; César un genial demócrata que iniciara el sempiterno proceso liberal que culmina en el cesarismo. Es posible encontrar luces conservadoras en Cicerón, eternamente valiosas en el campo de la elocuencia, pero fracasada en el de la política hasta con la muerte trágica del grande orador. El amor al pasado, el respeto a lo consuetudinario en el orden jurídico, el aliento para un progreso ordenado en las ideas y en las instituciones, son rasgos conservadores que seducen expresados en la clásica elocuencia latina.

Cuando el cristianismo con su toque redentor avanza iluminando la suavidad de la filosofía griega, antes subordinada sólo a la belleza, y la disciplina del orden jurídico romano, para entregarlos, en el acto de la mayor renovación que han contemplado los siglos, a los bárbaros, juventud de razas, flotan gérmenes de conservatismo, pero ni una sola vez se le encuentra como una política en acción, en cuanto polí-

tica es el arte de comprender la justicia y de aplicarla sobre las seducciones de la naturaleza.

No se le encuentra en el modo de gobernar feudal y después permanece ausente del palacio de los reyes absolutos. Necesitó para dominar el criterio de las élites ilustradas en la sociedad europea que se realizara primero la gran conmoción revolucionaria del siglo XVIII. Antes, no está en la razón de estado del maquiavelismo y choca contra la filosofía anticristiana. Pero cuando estas revoluciones ideológicas se realizaron en la explosión de la francesa de 1793, principió a aparecer una filosofía, que no era reaccionaria como la que inspiraba a los emigrados que perseguían una simple restauración del podrido antiguo régimen, pero sentía alarma frente a los excesos de una demagogía desenfrenada. Fue ideal de moderación, pensamiento nuevo y original que no significaba un simple término medio entre la reacción y la revolución.

Fritz Valjavec, en el texto citado sostiene que el vocablo conservador con tal significado principió a usarse en Francia. Dice él que en el siglo XVIII los pensadores conservadores carecían de una denominación común. Se les llamaba antirrevolucionarios, y más tarde, aproximándose al significado del conservatismo, se les llamó legitimistas. En 1795 aparece por primera vez el concepto conservador que adquirió mayor difusión durante el gobierno del Directorio, pero se restringía su positiva acción a una forma de vida de la burguesía liberal. Es indudable que fue en Inglaterra donde se precisó el alcance del concepto conservador y se levantó al significado de una cifra política bien delimitada en sus aspiraciones, en sus interpretaciones, en su instituto y en su modo de operar. En Inglaterra estaba muy dividida la alta opinión pública en su juicio respecto a la revolución francesa; unos la creían una epopeya gloriosa destructora del vicioso antiguo régimen, inspirada en una justicia estricta que destruía primero para después edificar. Otros la juzgaban un peligro para el continente europeo y la tomaban como una violenta evolución del pueblo francés hacia un imperialismo a lo romano. Entre esos dos pareceres fue que se levantó el escritor insigne y eminente político inglés Edmund Burke, con su libro Reflexiones sobre la Revolución en Francia, publicado en el año 1795, del cual dice acertadamente Rafael Paniagua Rivas, que ha sido y sigue siendo considerado como la primera y la máxima exposición de los principios conservadores.

Principió a formarse una verdadera causa política con fuerza de pensamiento concretamente activo, con la raíz en la historia y destinada a tener influencia permanente en la misma historia. La reacción que produjo Burke en los que creían en la ne-

cesidad de la acción demoledora de la revolución francesa, fue violenta. El Partido de los estúpidos llamó John Stuart Mill al grupo valioso de pensadores que acogieron el pensamiento de Burke y sobre él formularon un inmovible programa de gobierno.

Ya Burke distingue en todo programa de gobierno lo que debe de ser permanente y trascendental, y lo que es susceptible de reforma porque obedece a la influencia de circunstancias transitorias de una sociedad humana. El conservatismo carece de dogmas en el rigor de principios fijos e inmutables para lo que pudiéramos llamar las menudencias de la política. Pero acepta como premisa que la esencia del conservatismo social está en la preservación del cristianismo en cuanto contribuía al trazado de la moral humana. *Tratemos de recoger de la riqueza ideológica de Burke lo que él señala como bases inmutables, y que lo son para los grandes países y para los pequeños, para fundamentar la política expansiva de grandes potencias y también la política defensiva de las naciones débiles, las que alcanzaron la cúspide del desarrollo y las que ahora se llaman subdesarrolladas.*

Estas bases pueden reducirse a cinco. Es la primera la que nos vincula en el tiempo y en la eternidad a Dios creador de todas las cosas visibles e invisibles. No olvidar en consecuencia que un designio divino rige a la sociedad. Que la conciencia humana debe percibir esos designios para forjar los derechos y deberes de los gobernantes y de los gobernados.

Es la segunda el respeto a la tradicional como base indispensable de progreso tanto en el orden político como en el social. La tradición no es muralla para obstaculizar la evolución natural de las instituciones, ni la conquista de la inteligencia humana sobre la naturaleza física.

La tercera es la creencia de que la propiedad es un elemento del derecho natural necesarísimo para el ejercicio del libre albedrío que Dios concedió al hombre como la cualidad que le había de distinguir de todas las otras criaturas. Pero esto no contradice el establecer funciones sociales para esa propiedad, como las tiene el mismo hombre en la integridad de su persona.

La cuarta la convicción de que los hombres han de ser gobernados más por los sentimientos que por la razón, y por lo tanto preferir las normas consuetudinarias como sistema de mando, y desconfiar de los sofismas de los políticos racionalistas.

Quinto, fijar como elemento de administración, que cambio y reforma no son acciones idénticas, y que por confundirlas ha sucedido muchas veces que las innovaciones destruyeron grandes elementos de vida. Por lo tanto el conservador sabe que los cambios deben de ser lentos y sin olvidar en ellos la necesidad de las adaptaciones a las circunstancias especiales del país.

En ninguno de los dos grandes Partidos ingleses, Whigs y Tories, prevalecía un franco radicalismo, pero tampoco dominaba la opinión un conservatismo consciente. En los dos se sintió la influencia del vi-

goroso pensamiento de Burke cuando éste logró exponer sus doctrinas desde el Parlamento. Burke no pertenecía a la aristocracia. Fue un fruto de la clase media, y conocía muy bien las aspiraciones de su clase que en su tiempo produjo una legión apreciable de filósofos y estadistas. Ya no era la estupidez el denominador común del conservatismo, sino la sabiduría manifestada en sistemas de moderación y prudencia. Se puede tener a Burke como el primer expositor del conservatismo como filosofía política. Sus razonamientos fueron avanzando más y más, aún después de su muerte, al extremo de que uno de los partidos tradicionales tomó el calificativo como su nombre distintivo en las contradicciones políticas de Inglaterra. Nació el Partido Conservador, y enfrente, su natural adversario, se bautizó Liberal. Procuraré fijar la diferencia esencial de las dos causas, que han permanecido al través de varias naciones y al correr de la edad contemporánea.

El Partido Liberal fijó como un dogma la libertad absoluta. Gladstone, uno de sus hombres más notables, definía ese dogma diciendo que la libertad es la única solución positiva de todos los problemas religiosos, sociales, económicos y políticos. El conservatismo niega que la libertad sea uno de los absolutos de la política, y la estima como un bien valioso, pero relativo, subordinado a la justicia dentro del orden. En el tiempo se ha comprobado que el dogma liberal es un productor del desorden que obliga a los gobernantes a ser arbitrarios, es decir, hablando en lenguaje romano, *dictadores para imponer el orden.*

Así se formó la paralela universal histórica de la política contemporánea. El conservatismo inglés respetó la forma monárquica, pero siempre que ésta se subordinara a una constitución universal que es conocida con el nombre de la civilización cristiana. Con esa consistencia el conservatismo atravesó el Atlántico para ser parte importante y decisiva en el pensamiento constructor de la Gran República del Norte.

El pueblo norteamericano fue afectado por los ideales de la revolución francesa. Lo mismo que en Inglaterra pensadores respetables estimaban la acción destructora como un acto previo a la constructora en los trabajos de la política. Así Jefferson parece inclinado a la libertad como el elemento primordial. Es John Adams el primero que con elevación de espíritu expresa el sentido conservador, al declarar que la libertad sólo puede ser lograda y mantenida por los hombres sensatos que tienen a la humanidad tal como es, no como debe de ser.

El problema americano fue planteado elocuentemente por Alejandro Hamilton ante la Convención de New York en 1798. Lo copiaré textualmente por tener mucha actualidad en sus expresiones:

"En el principio de una revolución, que tomó nacimiento de las usurpaciones de la tiranía, nada más natural que el ánimo público estuviera influido por un extremado espíritu de recelo. Resistir tales abusos y alimentar ese espíritu, fue el gran objetivo de todas nuestras instituciones públicas y privadas. El celo por la libertad se hizo predominante y excesivo. Esta sola pasión parecía actuar en nosotros al formar nues-

tra confederación, y parece que no tuviéramos otra misión que la de salvaguardarnos del despotismo. Afuera hay otro objetivo igualmente importante, y que nuestro entusiasmo nos volvía incapaces de considerar. Me refiero al principio de estabilidad en la organización de nuestros gobiernos y al del vigor en nuestras actuaciones”.

El mismo proceso que en Inglaterra sigue la filosofía conservadora en Norteamérica. Un Partido con hombres de grande influencia, Jefferson, Madison, acogen sin reserva las ideas revolucionarias francesas. Son los Adams, padre e hijo, que actuando en el federalismo, con franca genialidad conservadora, no rechazan todo el volumen liberal francés, sino que le aplican un inteligente beneficio de inventario, sobre la pauta que Burke había trazado en Inglaterra.

La diferencia entre los dos procedimientos está, que al romperse las ligas coloniales, el conservatismo sostiene que debe respetarse el legado de las instituciones británicas, menos en el punto de la monarquía, porque América es esencialmente republicana. En Inglaterra la administración política se desarrolla en concierto democrático al rededor de un tornillo permanente, que es el Rey. En Norteamérica por el contrario se deseaba establecer la transitoriedad del Poder central, pero sin debilitar su autoridad. Jorge Washington con su moderación estableció la alternabilidad rigurosa, no como una institución jurídica, sino como una saludable costumbre política, que corrió por los años más difíciles de la organización de la Gran República del Norte, hasta que, a más de un siglo de distancia, la perturbó el segundo Roosevelt con sus cuatro elecciones sucesivas, que impuso a la

prudencia conservadora de los norteamericanos la necesidad, de llevar la costumbre de Washington, a precepto constitucional en virtud de una enmienda.

Es muy interesante para nosotros los hispanoamericanos la línea ondulosa que ha seguido en los Estados Unidos para su desenvolvimiento el conservatismo como filosofía política. Para concluir detengámonos un momento en una de sus cimas, George Santayana, filósofo de nacimiento y raza española, pero forjado, en la sociedad norteamericana, sobre el yunque de sus contradicciones de esplendor y dolor. Santayana cree que la inteligencia política tiene su dominio en el conservatismo. Escribe: “El liberal de hoy es un abogado de la tiranía del Estado en todos los campos, ofreciendo como disculpa su intención de libertar al pueblo”. Y más tarde, ya retirado para la meditación postrera de la vida en un convento de Italia, escribe, en el prólogo de su libro Dominaciones y Potestades. “Si una tendencia política incita mi ira, es precisamente la del liberalismo industrial: la de reducir todas las civilizaciones a un único patrón barato y monótono”. Pareciera que quisiera contestarle a un siglo de distancia la blasfemia de Stuart Mill de que el conservatismo es un Partido de estúpidos.

Para cerrar éste artículo, en descanso de mis lectores, y como una premisa para el que debo escribir directamente sobre el Partido Conservador de Nicaragua, recojo de Adams éstas cifras precisas para valorar el ideal conservador. El denominador fijo de una administración política conservadora es la moderación. Las cualidades indispensables en un gobernante conservador son la prudencia y la humildad, que suelen producir optimismo en el pueblo.